

Revolución Social EN LA AMERICA LATINA

ESTANISLAU FISCHLOWITZ

Prevalece la opinión, según la cual la América Latina se encuentra en un proceso completo de "revolución social", sin precedentes en el pasado.

Nos parece, realmente, muy acertada tal interpretación de los fenómenos del dinamismo social como principal característica del escenario turbulento de toda esa región: 20 países con más de 205 millones de habitantes.

Después de salir del largo período de estagnación post-colonial, esa parte del Hemisferio Occidental —la primera gran región del mundo subdesarrollado en vísperas de incorporarse plenamente al cielo de la civilización material adelantada— entró, en el período de la post-guerra, en una fase de alteraciones bruscas y febriles que, simultáneamente, comprendieron su estructura política, sus bases económicas, sus fundamentos demográficos, y sobretodo, su panorama social.

Y, en último análisis, en ese diagnóstico feliz de un factor preponderante, responsable de la actual crisis de la América Latina, que se basa en el Programa de la Alianza para el Progreso, proclamado en Marzo de 1961 por el Presidente John F. Kennedy, que dicho sea de paso, es el programa interamericano más grande y constructivo, debido exclusivamente a la iniciativa del gobierno de los Estados Unidos.

Ese programa atribuye, como es notorio, énfasis especial a las providencias subordinadas al propósito de facilitar y acelerar el progreso social.

I

Convendría, inicialmente, indagar lo que exactamente entendemos por "revolución social", término ambivalente, que se presta, en la realidad, a interpretaciones acentuadamente controversiales.

Sirviéndonos del método eliminatorio nos proponemos, antes que nada, excluir ciertos conceptos comunes de ese término que, obviamente, no sirven para definir, para los fines de esta exposición, las alteraciones bruscas y profundas del panorama social que tenemos aquí principalmente a la vista.

Así, no nos referiremos a las transformaciones revolucionarias de orden social, conseguidas mediante el recurso a los golpes subversivos.

No podemos, ay!, cómo negar que Cuba, entre 1958 y 1961, nos proporciona el primer caso de revolución social propiamente dicha en la historia de un siglo y medio de este Continente. La experiencia del régimen guatemalteco de Jacobo Arbenz (entre 1951 y 1954) no llevó,

a pesar de la opinión evidentemente errada de Reinhold Niebuhr, a ninguna revisión de la estructura social, urbana y rural, parecida ni de lejos, a las reformas de Fidel Castro. A pesar de las bases ideológicas diferentes y de las peculiaridades propias del sistema constitucional del país en el que fue mantenido el sistema de representación popular, el único de este Hemisferio Occidental, cuyas realizaciones sociales, (nacionalización de la industria y radical reforma agraria) podrían ser equiparadas, hasta cierto punto, a la realidad de la "república socialista cubana", es el de Bolivia, dentro de su actual régimen, dominado, desde 1952, por el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

No comprendemos, por lo tanto, cómo pueden ponerse en duda las veleidades expansionistas de la revolución castrista vecina al continente americano, ni, asimismo, el fuerte impacto que todo lo que está aconteciendo ahora en la Habana ejerce sobre la paulatina reorientación de la política social de los demás países de esa región, sobretodo en el sector agrario.

Saltan a la vista los resultados de la propaganda social revolucionaria de índole fidelista, incomparablemente superiores a los de acción subversiva comunista, últimamente redoblada, y que se procesa a través de las dos, separadas y autónomas ambas, programática y estratégicamente cada vez más opuestas, redes organizadas, inspiradas, respectivamente, por los centros europeos y asiáticos del movimiento comunista mundial. El relativo malogro del movimiento clásico revolucionario de cuño soviético, no puede dejar de causar prosélitos, y esto por dos razones. Por una parte,

- a) el enorme material explosivo, acumulado con el tiempo, en esa región (hambre, subalimentación; pauperismo; desempleo, particularmente generalizado en la zona rural, y, últimamente, aumentado por algunos síntomas angustiosos de desempleo de varios orígenes; en fin, niveles generales bastante bajos de los rendimientos de la mayoría de las clases trabajadoras y el consumo deficiente de los estratos populares, en general, en términos tanto cuantitativos como cualitativos) y, por otra parte,
- b) la falta de baluartes, capaces de oponer resistencia eficaz a los movimientos subversivos (débil y desorientada organización sindical de los trabajadores, así como deficiente e inestable

organización de los partidos genuinamente democráticos, cuyos programas podrían canalizar en un sentido constructivo las aspiraciones emancipadoras del proletariado).

No dudamos, por eso, que el comunismo en esta parte del mundo es mucho más antiamericano que anticapitalista. Entra, por consiguiente, como es notorio, en colisión, un tanto espúria, con la corriente nacionalista, de acuerdo con Gunnar Myrdal, que expone la idea maestra de los pueblos subdesarrollados como natural aliciente de la orientación progresista. Ahora bien, existirán en la América Latina fuerzas vivas motrices que puedan contrabalancear el movimiento nacionalista de una facción unilateral, desvirtuada por la referida coalición y en realidad inspirada por los intereses de la política extranjera del Kremlin? Francamente creemos que no. Se hace sentir en esa región un aflictivo vacío ideológico, con aportaciones originales en esa región para el acervo doctrinario al pensamiento progresista contemporáneo.

Pues bien, a pesar de todas esas deficiencias en la defensa de la libertad y de la democracia, es sorprendente la inexpresiva contribución de la extrema izquierda para la revisión espectacular y altamente benéfica del perfil político-constitucional de la América Latina, sobretudo en la América del Sur, durante el curso del último decenio. Esta consistió, en realidad, en la eliminación, salvo en unas tres Repúblicas, no solamente de los sistemas de dictadura tiránica, sino también de los regimenes de "caudillaje", y esto a pesar de los dinámicos programas pseudo-sociales, y a despecho de haber, a veces, contado con el apoyo de los grupos socialmente revolucionarios. Lo que dio por resultado la incontestable consolidación de la democracia representativa. Tórnase cada vez más raros los victoriosos golpes de estado, salvo el aislado caso cubano, y cuando aquellos ocurren, son el resultado más bien de la iniciativa de las fuerzas armadas —"cuartelazos"— los que dan acceso a las clases populares en busca de la mejor satisfacción de sus reivindicaciones sociales.

Debemos señalar también, que hay otras, mucho más violentas, formas perturbadoras del orden social, que asumen frecuentes conflictos en la agricultura, relacionados con la ocupación ilegal de las tierras, el sistema jurídico, a veces incierto y poco consolidado de la propiedad rural, abre un amplio margen para agudos conflictos de esa índole, en los que se enfrentan los intereses de varios grupos de la población, con frecuente necesidad de la intervención policial o militar para su solución, intervención tan indeseable como inoportuna.

II

Lo que tenemos, pues, a la vista y a lo que nos referimos como "revolución social", latinoamericana en nuestros días, no es la situación, única en su género, que ha resultado en una pequeña isla de las Antillas, la distorsión de los principios de la revolución, inicialmente liberadora y liberal, por las corrientes revolucionarias instigadas por los centros extra-continetales de la soviocracia, con la visible intención de debilitar la posición de los Estados Unidos en esa región que ha sido considerada, con razón o sin ella, como una zona de influencia natural, sino los nuevos rumbos políticos y constitucionales que

del mismo modo como estaba aconteciendo en el pasado, parece por regla general, que carece de mayor contenido real de orden social.

Lo que se nos depara, como síntomas típicos de la "revolución social" son fenómenos de índole completamente diferente y que se desarrollan en un plano más social que político.

Aumentan en efecto, considerablemente, las presiones en los estratos sociales económicamente débiles y socialmente dependientes con la consecuente agravación inevitable de la tensión en las relaciones entre el capital y el trabajo.

Las masas de población latinoamericana, en el pasado apáticas e indiferentes, antes conformes con su posición precaria económica social, por así decirlo, despiertan de repente buscando ahora alcanzar por todos los medios a su alcance, incluso apelando a los medios de educación general y vocacional, los niveles elevados de una existencia digna. La realidad de este fenómeno salta a la vista en todas partes, si se exceptúa a algunos grupos marginales de población india, en la región andina y centroamericana, donde mantienen intactas en sus actitudes pasivas de otrora. Fuera de estos puntos, particularmente en los países relativamente más adelantados bajo el prisma económico (como por ejemplo, Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y México) asistimos a los procesos febriles de ascensión social cuya marcha ya no encuentra más barreras infranqueables en la rígida estructura clasista, peculiar al pasado post-colonial. Como se puede fácilmente imaginar, los tales procesos, con menor clarividencia, resaltan en el panorama de algunos países económicamente atrasados y socialmente retrógrados, situados sobre todo en el istmo centroamericano y en el Caribe, así como en la Costa del Pacífico y en el centro de la América del Sur. Independientemente de la inmovilidad social que allí prevalece, no es raro encontrar en tales países algunos vestigios medio disfrazados de trabajo semi-forzado.

La progresiva diversificación de su economía, antiguamente basada en el sistema exclusivo o preponderante del monocultivo, mediante la expansión de los sectores secundarios (industrial) o terciario (comercio o servicios), abre prometedoras perspectivas para el adelanto social de los integrantes de las clases de rendimientos bajos e inestables. Surgen de un modo particular, no solamente nuevas ocupaciones y profesiones, sino también que se constituyen nuevas clases sociales. Así, en varios países de esa región puede ser considerada como superada la primitiva infra-estructura bifurcada, biclasista: un pequeño grupo de propietarios de la tierra en el ápice de la pirámide y abajo la numerosísima camada de proletariado rural, prácticamente sin coexistencia con cualesquiera de las otras clases numerosas, merecedoras de mayor atención. Aparece la clase media, con varios subgrupos, incluyendo el funcionalismo público, cuya expansión se fija al creciente estatismo en las realizaciones de la política económica. Por otra parte, sufre creciente modificación la clase trabajadora, antiguamente sólo de trabajadores braceros o simple mano de obra.

Tales movimientos de fuerte movilidad vertical, van siendo, simultáneamente, acompañados por corrientes extremadamente intensas de movilidad horizontal, que mucho se contrastan con la acentuada petrificación anterior

en la distribución de la población en las varias regiones del territorio nacional.

El éxodo rural asume proporciones totalmente ignoradas en el pasado. Cualquiera que fuere el exacto papel atribuible al origen de la fuga maciza de los campos, las fuerzas de expulsión de la zona rural de origen y las fuerzas de atracción de los centros urbanos de empleo, no parece sujeta a la interpretación controvertida de la poderosa contribución para ese fin de los obstáculos de avance social que constituye, de acuerdo con la famosa "Ley Goltz", el sistema latifundista de la propiedad de la tierra. En esas condiciones, las presiones sociales de la población rural, encontrando dificultades en su propia zona, se desparraman en la forma de migración caótica rumbo a las aglomeraciones urbanas. Dada la difícil integración de los inmigrantes rurales en la "economía urbana" cuyo mercado de trabajo, por regla general, no permite un desnivel de absorción integral de los excedentes de población de procedencia rural, tales desplazamientos no significan, con frecuencia, nada más que una transferencia mecánica del subempleo rural a la órbita del subempleo urbano. Aumenta al mismo tiempo, en virtud de la escasez de servicios de utilidad pública en las ciudades y de sus tremendos déficits de viviendas, los barrios de típico "habitat" rural, automáticamente transferidos del campo a la zona urbana, con las mínimas condiciones de higiene y confort (las favelas y mocambos del Brasil, las barriadas del Perú, los callampos de Chile, los tugurios de Venezuela, las villas miserias de la Argentina, etc., etc.).

Lo que resulta de esos desplazamientos de población es el incremento enorme de los índices de urbanización de la América Latina. La estadística comparada encuentra en ese particular considerables dificultades, relacionadas sobre todo con los diversos criterios nacionales que rigen la discriminación en zona urbana, suburbana y rural. De acuerdo con los censos demográficos se puede decir que aproximadamente el 41% de la población latinoamericana vive en las zonas urbanas (aunque en la Argentina el porcentaje es del 62%; el 60.2% en Chile; el 57% en Cuba; el 53.8% en Venezuela). Debe hacerse notar al mismo tiempo la fuerte concentración de población en ciudades de más de 100.000 habitantes produciendo lo que se conoce por "macrocefalia latinoamericana". Todo esto nos lleva a señalar que en la última década la urbanización ha acelerado, en la mayoría de los países de esa región, un constante ritmo acelerado.

Todos estos fenómenos de creciente ascenso y amplia estratificación social de la voluminosa movilidad de la población no solamente vertical sino también horizontalmente, constituyen trastornos tan considerables del escenario social latinoamericano que nos parece lícito encararlos como síntomas inequívocos de la profunda "revolución social". Menos visibles en la superficie que las alteraciones revolucionarias de orden político-constitucional, y escapándose a veces del exacto cómputo estadístico, significan el comienzo de una nueva e importante etapa en el desenvolvimiento histórico de esa gran región.

III

Parécenos, por consiguiente, oportuno someter a un análisis sumario los referidos problemas, apreciados sepa-

radamente, con relación a la zona rural y urbana de la América Latina. En los veinte países que integran esa región, nótase en realidad, a lo largo de la línea divisoria que separa con bastante frecuencia las partes más adelantadas y atrasadas del territorio nacional, que existe siempre e incondicionalmente un agudo distanciamiento socio-económico entre las zonas urbanas y las rurales. Los problemas que de allí surgen se asemejan mucho "mutatis mutandis" a aquellos que resultan en las relaciones entre los países subdesarrollados y los plenamente desarrollados, con la única diferencia que aquellos se desenvuelven dentro del territorio nacional, sin las trabas del libre intercambio de bienes, capitales y personas, inherentes a la existencia de fronteras políticas.

Es menester evitar cuidadosamente las generalizaciones simples en la apreciación de los niveles de bienestar de las clases populares urbanas pues es exactamente en esa área en la que se verifican las alteraciones caleidoscópicas de mayor envergadura.

Nos parece legítimo apuntar, como denominador común del panorama de todos los países de esa región, los siguientes elementos:

Los padrones generales de la vida, evidenciados sobre todo mediante el recurso al cálculo de los rendimientos per cápita de los habitantes de las aglomeraciones urbanas, son considerablemente superiores a los niveles de la población rural.

Los rendimientos de los salarios medios y reales de los trabajadores manifiestan, con el correr del tiempo, una cierta mejoría. Es verdad que están expuestos a la permanente acción corrosiva de la espiral inflacionaria, neutralizada por el frecuente reajuste de sus valores nominales por medio, tanto de la revisión periódica de las tasas de salario mínimo, como por los contratos colectivos de trabajo. Al lado de la remuneración del trabajo, crece mucho el sobre-sueldo, cuyo incremento resulta ya enorme, en parte por la visiblemente excesiva expansión del intervencionismo social estatal, como compensación del sensible atraso del "contrato colectivo", motivado por la consolidación deficiente del sindicalismo laboral y la falta de orientación profesional, independiente de la interferencia política de los poderes públicos. La legislación laboral, de previsión y asistencia, está progresando ininterrumpidamente, substituyendo las soluciones tradicionales inspiradas por el paternalismo patronal.

Mejoran, mucho, por consiguiente, dadas las conquistas de la medicina sanitaria y asistencial, las condiciones de salud del proletariado urbano, lo que se constata por la baja de los índices de mortalidad, especialmente infantil.

Se manifiesta asimismo marcado progreso en la vivienda popular en las ciudades, extremadamente congestionadas, y el acceso de las clases trabajadoras a las facilidades escolares, lo que lleva en sí a la lucha eficaz contra el analfabetismo y a la elevación educacional, general y hasta vocacional.

Sería errada una conclusión precipitada con respecto al panorama social supuestamente favorable a las áreas urbanas, que ciertamente no se puede pintar con colores excesivamente vivos. Todas las indicaciones estadísticas y todas las pesquisas manifiestan la frecuencia en esa área de agudo pauperismo, sobre todo en lo que respecta a los estratos marginales, no incorporados, por razones

subjetivas y objetivas, a las fuerzas de trabajo, cuyos elevados contingentes resultan en la existencia bastante corriente de casos de mendicidad, vagancia, prostitución y criminalidad. Por consiguiente en esa misma zona se encuentran, sin duda, focos de virtuales disturbios sociales.

Cualesquiera que fuesen las luces y las sombras del escenario de las aglomeraciones urbanas, la situación empeora mucho al abordar el examen del panorama rural.

Puede ser que el estatuto social de campesinos, el servicio de economía agropecuaria presenten, en los países de América del Sur donde están establecidos, particularidades más lisonjeras. Mas en las regiones restantes el conjunto social evidencia los más aflictivos síntomas de miseria, subalimentación, que a veces llega a los estados de hambre endémica y de desamparo casi total, higiénico, educacional y social del proletariado rural.

Falta, salvo en las regiones arriba mencionadas, el campesinado pequeño y medio. En el sistema de la tenencia de la tierra prevalece el latifundismo, a veces bajo formas de lo más antieconómicas y socialmente repulsivas, acompañado de minifundios pulverizados al extremo que no proporcionan los recursos mínimos de subsistencia decente. Es muy difícil, casi imposible, el acceso a la propiedad agraria de los grupos numerosos de la empobrecida clase trabajadora rural, que vegeta sin posibilidades de satisfacer siquiera las elementales necesidades de vida.

Por otro lado, la falta de distribución equitativa de los recursos, tanto personales, - médicos, etc., - como materiales, - hospitales, clínicas, etc., - entre ambas zonas del territorio nacional, con el tratamiento particularmente injusto dispensado a la zona rural, el estado de salud de la gran mayoría de los campesinos, es de una alarmante gravedad, evidenciada por los elevados y casi estacionarios índices de mortalidad, tanto infantil, juvenil y general, que anula de un modo dramático las consecuencias de los altos índices de natalidad y fecundidad que siempre e incondicionalmente caracterizan la población rural, y la peor forma de dinamismo demográfico que se pueda imaginar.

El movimiento sindical de la clase trabajadora rural está, por todas partes, en una fase incipiente

IV

Esta exposición sumaria del progreso social en Latino América, sería incompleta si no destacásemos las inesperadas, y considerables, dificultades que se nos enfrentan en este penoso camino.

La primera de ellas es la catastrófica explosión de la población en la América Latina. Los índices de aumento de población anual, como son, por ejemplo, Venezuela, Perú, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Haití, con índices cada vez más altos, siendo que de acuerdo con las previsiones conservadoras, deberá alcanzar entre 1960 y 1975 más del 3.0% —lo que parece el máximo fisiológicamente admisible— relega, desde ahora, a un lugar secundario el crecimiento vegetativo de todos los demás continentes.

Las estadísticas demográficas de las Naciones Unidas dejan entrever la probabilidad de que los pueblos de

Latino América alcancen en 1975 un total de 303 millones y en el año 2000 nada menos de 592 millones.

Esta perspectiva nos parece bastante desanimadora, a despecho de la falsa euforia que prevalece relacionada con la supuesta baja densidad de población, mediante el uso de la simple técnica del cómputo del número medio de habitantes por kilómetro cuadrado, (asimismo difícilmente podría escapar la observación atenta a la crecida sobrepoblación de tales países, como por ejemplo, El Salvador, República Dominicana, Haití, Cuba, etc.) y es que el aumento de población lleva en sí graves consecuencias tanto económicas como sociales.

V

Para manifestar el impacto de tal "revolución demográfica" bástenos hacer una ligera referencia a ella.

Es difícil o casi imposible el aumento de la renta "per cápita" de los habitantes de Latinoamérica. El grupo estacionario abajo de 15 años estaba fijado en 1960 aproximadamente en un 40% (130 millones). Son obvias las consecuencias perjudiciales de esa pirámide estacionaria, en cuanto al creciente desequilibrio entre las clases económicamente productivas y las exclusivamente consumidoras de la población. De este modo, no se pueden fijar la reducción de los padrones de bienestar social que fatalmente resultan de ello.

Será que se puede anticipar el abandono por los países latinoamericanos de su actitud de total indiferencia con relación a los procesos del vertiginoso y desordenado aumento de su población? Por ahora, faltan aun las más cautelosas y modestas medidas relativas a ese aflictivo problema, cuyas repercusiones podrían, a la larga, paralizar todas las conquistas del progreso social.

En cuanto acusan progresos constantes los procesos de industrialización, no se puede pasar desapercibida la reducción paulatina de los índices demostrativos del crecimiento de la producción agraria que no se compagina, debidamente, con el ritmo ascensional del aumento de la población. En esas condiciones sería ilusorio esperar mayor aumento del índice de bienestar social.

Así, nada comprueba que el próspero desenvolvimiento económico pueda garantizar las condiciones peculiares de esa región, o el bienestar de las clases populares, pues los recesos temporales, más acentuados que los actuales, no facilitarían con certeza los procesos de progreso social.

La región Latinoamericana se encuentra en una grave encrucijada. Tiene que optar entre la revolución social, violenta, extremada e inspirada por las veleidades políticas de las potencias extracontinentales, con la consecuente "Cubanización" de toda la América Latina y la "revolución social" democrática, progresista y constructiva, alejada tanto de los lemas demagógicos revolucionarios como del reaccionarismo social y la inercia conservadora, revolución preconizada por el programa de la Alianza para el Progreso.

(NOTA: Estanislau Fischlowitz es profesor de la Universidad Católica Pontificia de Río de Janeiro, autor de estudios sociales y económicos)